

quien no pudiendo engañar á la Santa, la llenó de sangrientos ultrajes, á los cuales no contestó ella sino con un «Dios se lo pague á vuestra merced lo que me hace.» Lo peor del caso es que las pretensiones y habladurías de Doña Beatriz no sólo intimidaron á la priora, que también pertenecía á la familia, sino que la ofuscaron é inclinaron su ánimo en contra de la Santa, como si ésta obrase por codicia. ¡Teresa de Jesús codiciosa, cuando sólo sostenía la voluntad de su hermano y los derechos legítimos de su monasterio!... «¿Quién amaba al joven Don Francisco más que ella? ¿No le había servido de madre desde que estaba huérfano? Si ella sostenía el testamento de Don Lorenzo, era de seguro mucho menos por dar al convento de San José una capilla más, que por cumplir fielmente las últimas voluntades de su hermano, por asegurarle á él lo mismo que á sus descendientes el socorro perpetuo de las oraciones del Carmelo, y atraer sobre la cabeza del joven mayorazgo las bendiciones prometidas por el Señor á los que honran la memoria de sus padres.»¹ Si monja tan avisada y enérgica, como era la priora de Valladolid, se dejó prevenir así miserablemente contra la santa Madre, ¿quién extrañará que la pobre Teresita, á quien estrechaba una mujer muy sabida y prestigiosa con el afecto fraternal y otras razones de sentimiento, flaqueara también y aumentara de este modo la congoja de su santa tía? Ella misma, veintiocho años después, se estremecía y bañaba en lágrimas al recordarlo, con profundísima humildad y pesadumbre.

«Otra vez», dice en su declaración, «piensa que era estando en Valladolid, andaba así en cosas de su alma como en negocios tocantes al testamento de su padre y su dote de la declarante, muy turbada; y apartándose de los con-

¹ Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes, t. II, p. 342.

sejos y comunicación de la dicha santa Madre, hacíase esta declarante al parecer de otras personas seglares, procurando encubrirlo todo cuanto podía á la santa Madre; pero Dios, que todo lo sabe, dió á entender de esta declarante sus enredos, y se los fué diciendo la santa Madre; y con un aspecto grave é de harto sentimiento, como quien no hablaba de suyo, le fué profetizando el castigo que la había de venir por sus culpas y la poca fidelidad que la había tratado, y cómo vernía tiempo que la querría y no la ternía; con otras palabras que la causaron entonces muchísima confusión y sentimiento.» Era la visión profética del crisol de tribulaciones interiores con que Dios había de purificar y sublimar el alma de la segunda Teresa de Jesús; y la primera, la grande Santa, que estaba saboreando la amargura de la cruz, debió sentir en ese momento lo acerbo de un amor no comprendido ni correspondido, sin que por eso se disminuya este amor.

La novicia, cogida *in fraganti*, se humilló ante su maestra, le pidió perdón, y cerrando los oídos á la seducción mundana, volvió al buen camino junto á tan buena madre, sin prever sin duda que ya estaba para perder á su ángel tutelar. La Santa se tranquilizó por esa parte, y por lo demás resolvió sacrificarlo todo antes que el honor y la paz de su monasterio. Con este ánimo escribió al Padre Gracián su última carta del 1.º de septiembre.

«Aquí he pasado hartos con la suegra de Don Francisco, que es extraña y estaba muy puesta en poner pleito, para que no valga el testamento; y, aunque no tiene justicia, tiene mucho favor¹, y algunos la dicen que sí; y me han aconsejado que, para que Don Francisco no se pierda del

¹ Y no *valor*, como traen hasta hoy todas las ediciones; el original, que hemos podido consultar en Bruselas, dice claramente *vavor*, que es á no dudarlo *favor*, y el sentido de la frase queda mucho más lógico y comprensible.

todo y nosotras no gastemos, que haya concierto. Ello es en pérdida de San Josef; mas espero en Dios que, como quede segura la pretensión, que él lo verná á heredar todo. Harto podrida me ha tenido, y tiene, anque Teresa anda bien. ¡Oh, lo que ha sentido el no venir vuestra Reverencia! Hasta ahora se lo hemos tenido encubierto. En parte me huelgo, para que vaya entendiendo qué poco hay que fiar, si no es de Dios, y an á mí no me ha hecho daño.»

¡Cómo respira en todo este pasaje el espíritu de sacrificio de que andaba llena la admirable Santa! Sabedora de que en ese año había de morir, su última esperanza en la tierra fué la de ser auxiliada por su más amado padre, el Padre Gracián, y no la vió realizada; otro halago que se prometía, el dar la profesión y el velo negro de carmelita á su sobrina, tampoco lo pudo lograr. Consta de su correspondencia, y lo mismo de la declaración de su sobrina, que «su regreso á Ávila era principalmente por darle de su mano la profesión». Al Padre Gracián en la misma carta le dice: «Por esta profesión de Teresa no ha sido posible ir allá (á Salamanca); porque llevarla conmigo no se sufre, y dejarla, menos, y es menester más tiempo para ir allá, y á Alba, y tornar á Ávila... Bien será, con el favor de Dios, estaremos en Ávila al fin de este mes. Crea que no convenía traer más de un cabo á otro esta muchacha. ¡Oh mi padre, qué apretada me he visto estos días!»

Otra vez el ¡ay! desgarrador de la agonía íntima de su alma; pero al fin, *Teresa anda bien*: bendito sea Dios. El débil arbusto, doblegado por el huracán, volvía á enderezarse: ¡qué mucho, si los cedros del Libano, las columnas de la Orden de la Virgen eran conmovidas!

La Santa permaneció en Valladolid hasta mediados de septiembre: sus adioses de ese amado monasterio fueron entristecidos por el mal talante y comportamiento inex-

plicable de la priora. Y, cosa extraña, al propio tiempo le causaba molestias la priora de Salamanca, y presto iba á encontrar renitente á sus consejos á la de Medina del Campo. «¡Qué misterio tan doloroso hallaríamos en estos últimos desengaños, sufridos por la Santa en vísperas de morir, y de religiosas tan antiguas y virtuosas, y de hijas tan queridas, si no comprendiésemos que Dios quería desligarla en aquellos momentos supremos hasta de los afectos más puros y naturales del corazón, para hacer que muriese en inesperado desamparo de las criaturas, como su Divino Maestro!»¹

La última gota en este cáliz de amargura la puso el primogénito entre sus hijos espirituales, el Padre Fray Antonio de Jesús, vicario provincial de Castilla en ausencia del Padre Gracián. Este religioso, demasiado condescendiente con los deseos de la duquesa de Alba, Doña María Enríquez, había venido á Medina para obligar á la santa Madre á que, desviándose del camino de Ávila, se trasladase á Alba de Tormes. Este cambio del itinerario le causó á ella muchísima pena, «por no ser cosa de religión, sino de respeto humano y dar gusto á la duquesa»; mas «aunque lo sintió, no mostró pesadumbre, sino solamente pena, y con mucha sumisión de ánimo la oyó su sobrina sólo decir que en su vida había sentido otra obediencia tanto como aquélla; pero no sólo se resignó, sino que obedeció con grandísima paz y prontitud.»

Los percances del viaje de Medina á Alba, que refiere con tanta naturalidad y ternura la venerable Ana de San Bartolomé, los presenció con doloroso espanto Teresita, quien asimismo lo declara en los términos siguientes. «En este camino que hizo para Alba, vió esta declarante que

¹ Es la oportuna reflexión de D. Vicente de la Fuente, en sus adiciones á la Vida de Santa Teresa de Jesús, por el Maestro Julián de Ávila.

la santa Madre padeció mucho, y que llevaba tan quebrantado el cuerpo del cansancio de los caminos y de la gravedad de las enfermedades que padecía, que causaba grandísima compasión.»

Llegaron al monasterio de Alba de Tormes al anochecer del 20 de septiembre, víspera de San Mateo, y tan rendida estaba la Santa, que debió ir á la cama inmediatamente, y decía aún sonriendo á sus monjas: «¡Válame Dios! y ¡qué cansada me siento! más ha de veinte años, que nunca me acosté temprano sino ahora.» El día siguiente, á la mañana, se levantó y comulgó, y así, aunque arrastrándose, estuvo una semana. Mucho la preocupaba todavía su querido San José de Ávila, de donde era priora. Estando ya con el mal de la muerte, dijo á Teresita y Ana de San Bartolomé, «que de adónde comprarían el pan que faltaba para Ávila»; también dijo á la Hermana Ana, cuatro ó cinco días antes que muriese: «Hágame placer, hija, que al punto que me viere algo aliviada, me busque alguna carroza de las comunes, y me levante, y vamos á Ávila.»¹

Dios nuestro Señor, en sus misteriosos designios, tenía dispuesta otra cosa; y la Santa había de exhalar su espíritu virginal allí mismo, en su monasterio de la Encarnación de Alba de Tormes, y allí había de quedar definitivamente su santo cuerpo, para que, al cabo de tres siglos, se le fabricase como digno relicario la magnífica basílica teresiana, que hoy vemos levantarse poco á poco majestuosa en los aires.

Las últimas horas de tan preciosa vida las narraron con pluma magistral Rivera y Yepes, sus primeros historiadores; y á fines del pasado siglo una mano filial de carmelita volvió á trazar, más acabado aún, más tierno y

¹ Segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús.

sentido, el hermosísimo cuadro de esta muerte, ó, mejor diremos, éxtasis mortal de amor divino. No osaríamos aquí traducirlo en compendio, y nos contentamos con publicar la declaración de un testigo ocular que allí estuvo, de rodillas y al pie del humilde lecho, sin duda, contemplando entre lágrimas y sollozos aquella escena, en que el cielo se abajaba á la tierra, á fin de llevarse lo que era suyo: ese testigo no era otro que Teresita, la pobre novicia que en silencioso pasmo de admiración y dolor recibía de su maestra la última y más elocuente lección, la de una muerte santísima.

«El día de San Miguel», dice, «habiendo como las demás religiosas comulgado, cayó del todo en la cama, y allí con gran paciencia y afabilidad padecía su mal, y del quebrantamiento del camino, según decía, echó mucha sangre. En aquellos pocos días que estuvo en la cama padeció muchísimo, y esta declarante la vió muy afligida, porque permitió Dios que sintiese mucho la enfermedad, y otras descomodidades que tuvo; y poco antes de su muerte ordenó, para mayor mérito suyo, que el espíritu no esforzase tanto á la naturaleza, que dejase de temer los asombros de la muerte, porque después al tiempo de ella no los había de sentir. También entonces, en aquellos días, la afligía la memoria de sus pecados, como si fuesen graves, y no hacía sino pedir á Dios perdón dellos, y que no mirase á lo mal que le había servido, sino á su misericordia, con la cual y por su preciosa sangre esperaba salvarse; todas sus acciones, sentimientos y palabras se enderezaban á este fin, por lo que esta declarante echó de ver, mostrando mayor profundidad del conocimiento propio y esperanza en Dios, que jamás echó de ver esta declarante las dichas virtudes en la santa Madre como entonces. Todo lo que encargó á sus monjas fué la guarda de sus reglas y constituciones con perfección, y que no mirasen á lo mal que ella lo había hecho, pidiendo á todas perdón con gran sentimiento y humildad del mal ejemplo que á su parecer les había dado. Decía otras palabras con éstas muy sentidas y de gran contrición, repitiendo diversas veces aquel verso del salmo de David en el Miserere: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum,*

Deus, non despicias. Dábale muchas gracias diversas veces porque la había hecho hija de la Iglesia Católica Romana y dejándole morir en ella. Dos días antes de su muerte declaró á la M. Ana de San Bartolomé, que había de morir de aquella enfermedad, y que no se lo había dicho hasta entonces por no la dar pena. Dijo la misma Ana de San Bartolomé, de quien esta declarante lo sabe, que la parece que lo que más acabó á la santa Madre la vida fué el encendido y fervoroso deseo y amor que tenía á Dios, y ansias por verse con Él, y que esto la debilitaba y enflaquecía. Víspera de San Francisco, después de las cinco de la tarde, recibió el Santo Viático, con tanta devoción y espíritu, que al verlo levantóse con gran fervor lo mejor que pudo de la cama, con su rostro inflamado, diciendo palabras muy sentidas y tiernas á este Señor, en que mostró haber entendido y habérsele revelado ser ya llegada su muerte; y á las nueve de aquella noche recibió la Extrema Unción; y luego el día deste Santo, que fué jueves, á las nueve de la noche, fué su glorioso tránsito. Y un poco antes que espirase, estaba esta declarante algo apartada della y la M. Ana de San Bartolomé á su cabecera, como fuera de sí: consolóla nuestro Señor mostrándola en visión una manera de nube, que rellenaba y hacía resplandecer toda la celda, y en la dicha nube la Santísima Trinidad, no diversa (?) de la persona de Cristo nuestro Señor, de la cual salía un resplandor de gloria que hacía una forma de cielo, con mucho acompañamiento de santos y espíritus bienaventurados, que esperaban aquella alma santa para llevarla á la gloria y darla el premio de sus trabajos. Esta visión, según la misma Ana de San Bartolomé dijo á esta declarante, fué con los ojos del alma, y sentimientos tales que la hacían estar como muerta. En lo exterior, acaeció á este tiempo que del mismo resplandor y luz que veía en espíritu en toda la celda, reverberaba exteriormente tanta claridad en el rostro de la misma Ana de San Bartolomé, que otras religiosas echándola de ver y no sabiendo la causa se embecaban en mirarla á ella más que á la santa Madre, y ellas lo dijeron después ansí por la admiración que les causó. En espirando la santa Madre, que fué como en sueño suavísimo, desapareció esta visión, y la dicha Ana de San Bartolomé que la veía, volvió en sí dando gracias á Dios de la merced que le había hecho; y parecía que, por intercesión de la santa Madre, cuya

muerte la había affligido tanto y quitado las fuerzas, quedó luego por lo que se le había mostrado tan consolada que nunca más sintió della pena, y restauradas notablemente las fuerzas que tenía perdidas, para trabajar de nuevo en el servicio de Dios.»¹

La pobre huérfana, después de presenciar los milagros, que uno tras otro se sucedían junto al venerando cuerpo de su bienaventurada Madre, y el solemne funeral que se le hizo en la modesta capilla del monasterio, y su entierro cabe la reja del coro de las monjas, en medio del aroma que esparcían aquellas reliquias virginales, y el entusiasmo del pueblo que la proclamaba la Santa, la Santa; Teresita, decimos, habría querido permanecer en Alba, al lado de los restos de su santa tía, que ella comenzaba á venerar y amar mil veces más que durante su vida. Mas sabiendo, sin duda por Ana de San Bartolomé, que era voluntad de la santa Madre que pasase luego á San José de Ávila, así lo hizo inmediatamente con la feliz compañera de Santa Teresa, en quien halló de entonces en adelante un afecto de veras maternal; dejando así para siempre, declara ella misma, el monasterio de Alba, «donde había pensado de quedarse, por respeto de su santo cuerpo, y en esto y en los demás negocios no se atrevió á salir un punto de lo que había entendido quería la santa Madre antes que muriese».

¹ De ambas declaraciones de la Hermana Teresa de Jesús, en 1596 y 1610.

Teresa de
Jesús

Teresa de
Jesús

Facsímiles de las dos firmas que usó la Hermana Teresa de Jesús: la primera es la de su profesión, la segunda de unos veinte años después; ambas se hallan en el registro de profesiones de San José de Ávila.